

el reconocido por Francia, y ésta, para hacerlo así, había seguido la casi constante regla de reconocer á los Gobiernos de hecho organizados en un centro capital, sin meterse á discutir si son legítimos ó no. Y sobre este argumento especioso, porque en caso que el Gobierno legítimo, el antes reconocido internacionalmente como tal, subsista igualmente organizado dentro del país, al par que el rebelde, no se impone el reconocimiento, sino la abstención de los ministros extranjeros; sobre este raciocinio de fuerza aparente, decimos, hacia hincapié Saligny, para obtener promesas por lo menos. Y sobre este otro: el Sr. Juárez no había tenido inconveniente en apechugar con la responsabilidad de resarcir á los súbditos ó á los protegidos de Inglaterra robados en el saqueo de las Capuchinas perpetrado por el Gobierno reactor en sus postrimerías; aquí el crédito era legítimo (y ésta era la diferencia con el de Jecker), pero el deudor no existía; sin embargo, Juárez había considerado ésta como una deuda nacional por tratarse de los tenedores de bonos de la deuda inglesa, y sobre esa base había tratado con Mr. Mathew. Verdad es que la escuadra inglesa del Golfo se habría apoderado INCONTINENTI de las aduanas de Tampico y Veracruz, si nos hubiésemos negado á este pacto, y se habría pagado por sí misma privando al Gobierno de sus últimos recursos y matándolo de inedia, y de anarquía á la República. ¿Podría hacer lo mismo Francia? Claro que sí y más aún, á juzgar por las reticencias de Saligny. ¿Se llegó á protocolizar algo sobre estas pláticas entre Zarco y Saligny? Lo cierto es que en una cosa se mostró nuestro ministro de Relaciones inflexible: el monto del crédito. Saligny (y éste era su interés personalísimo y el de Morny su patrón) habría querido acercar el convenio al monto de la monstruosa reclamación de Jecker, que por un desembolso efectivo de seiscientos mil pesos probablemente, del doble acaso, pedía quince millones. Zarco aplazó, no concluyó nada, ganó tiempo. Hacía más difícil su labor el carácter impulsivo del conde, que estallaba en imprecaciones y exigencias á la menor contrariedad; daba patadas de rabia en forma de notas irregulares, fuera de protocolo, fuera de la cortesía, dentro de un sistema nuevo de grosería internacional. Así sucedió aun antes de presentar sus credenciales, cosa que deseaba ardentísimamente Zarco, porque de ese modo creía desarmar á España: las hijas de Vicente de Paul, santas mujeres adoradas por la parte más infeliz de la sociedad mejicana y ostentadamente veneradas por las señoras de nuestra inofensiva ARISTOCRACIA, más devota quizá pero menos intolerante que la burguesía ricacha que hoy también se llama así, se creían privilegiadas por cierta protección de los ministros aquí acreditados por naciones católicas. Enseñadas por los PAULINOS, comunidad nacida á la sombra de la Compañía de Jesús, á obedecer, es decir, á no tener voluntad como LOS CADÁVERES, según la fórmula famosa, no tuvieron empacho, en acatamiento de órdenes superiores, en cubrir con inmunidad soñada una buena cantidad de los bienes de las iglesias y conventos de que se debía incautar la autoridad según la ley. Leandro Valle, que se distinguía por la exaltación de sus ideas anticlericales y que era comandante militar de la plaza, recibió aviso de las ocultaciones que en la casa de «las hermanas de la caridad» se hacían, y diputó á su ayudante el coronel D. Refugio González para que practicara un cateo y descubriera lo

allí secuestrado. El coronel González era más exaltado que Valle; imbuído profundamente en la historia popular de la Revolución; al cabo, como ninguno, de los métodos AD TERROREM de los sansculotes, y convencido con inquebrantable convicción de que lo que aquí pasaba era absolutamente igual á lo que había sucedido allá y que debía desarmarse por el miedo, por la prisión ó por la muerte á los enemigos interiores, antes de emprender la guerra contra la coalición europea (España, Francia, Inglaterra), el coronel González, hombre excelente y hondamente compasivo, bajo su corteza aspérrima, se dirigió al edificio conocido con el nombre popular de «LAS BONITAS», casa central de las HERMANAS, y debe de haber tratado, si no brutalmente, sí rudamente á aquellas señoras. Se encontró algo de dinero escondido y adquirió la convicción de que había más. La superiora, mujer de entereza como solían serlo aquellas religiosas, protestó y buscó el amparo del ministro de Francia. Saligny puso con ese motivo una carta destempladísima á Zarco; estaba perdiendo la paciencia el buen conde, y así lo dijo. Tuvo que revestirse de ella, porque nuestro ministro, dándole satisfacciones en el papel y pareciendo aceptar que las hermanas estaban bajo la protección directa de Napoleón III, dejó que las cosas siguieran su camino, y ni devolvió el dinero ni dejó de ejercerse vigilancia estricta sobre la casa de LAS BONITAS. Todas estas particularidades ponen de bulto una de las fases de la terrible situación del sesenta y uno. Todos intervenían, todos protegían, todos tutoreaban; la lucha con la intervención francesa acabó con este abominable estado de cosas, que era necesario soportar para no exponerse á morir; y aun así. Por eso se ha llamado de la segunda independencia la guerra que siguió á la de los tres años: de España, de la Iglesia, de la tutela diplomática nos emancipamos al fin; Méjico, entonces, pudo conceptuarse una Nación y un Estado.

\*\*\*

☞ Hemos visto cómo á la vez que para vivir, en la más material acepción del vocablo, necesitábamos premiosamente dinero y siempre dinero, ó mejor dicho y para no dejar al lector bajo la impresión de que asentamos una perogrullada, necesitábamos todos los días inventar un nuevo recurso para proporcionarnos dinero, porque ninguna entrada podía normalizarse. La renta exterior era (como es todavía en mayor cantidad de la necesaria para servir de metro al desenvolvimiento económico del país) la base de todo nuestro sistema fiscal, y esa renta estaba empeñada en su mayor parte á nuestros acreedores; la renta interior se la distribuían más ó menos solapadamente los Estados; para lograr PRORRATEARSE una parte de ella la Federación, necesitaba apurar las vejaciones, las exacciones, y todo esto iba creando ese ambiente de fatiga y odio al Gobierno, fuese reactor ó liberal, que era el sentimiento dominante en la burguesía mejicana cuando comenzó la guerra de Intervención y que enervó profundamente los arrestos patrióticos de grupos considerables de las masas mejicanas: hubo necesidad de la tremenda crisis del Imperio y el ejemplo obstinado de un grupo de luchadores,

y la permanencia de una cohesión política centrada en la conciencia de Juárez para vencer ese QUEMEIMPORTISMO dominante en los espíritus flacos de las generaciones agotadas en el terrible decenio del 57 al 67.

☪ Si hubiese habido un grande hombre de Estado al frente del Gobierno inglés en cuyas manos nos ponía la suerte ineluctable, sobre todo desde que los Estados Unidos eran considerados como impotentes para resguardarse, sirviéndose de nosotros como reparo; si John Russell hubiese sido un sectario de menos estrechas miras; si Palmerston, genial y excéntrico, hubiese fijado su mirada penetrante en los asuntos de la América más abajo de los paralelos de Luisiana y Texas, más abajo, donde se extendía el Continente de la guerra civil perenne, profundamente despreciable para el aristócrata liberal que consideraba fuera de la cultura humana á todo pueblo que no supiese, que no pudiese ir por el orden á la libertad; si Gladstone, superior á sus colegas en alteza de miras, levantando los ojos de las combinaciones financieras, hubiese entrado en el período en que su patria tuvo para él, además de la misión de ser rica, otro papel excelso, el de ser humana y hacer servir su grandeza á enderezar las injusticias seculares en Irlanda, en la Península Balkánica, en Armenia; si los tres se hubiesen unimismado para dar á su intervención el carácter de una ayuda, interesada, sin duda, todo lo interesada que se quisiese (dominar nuestro comercio exterior y crear y aperrar nuestras industrias y servir de garantía á las corrientes colonizadoras), pero sin un solo amago á nuestro patriotismo, sin una sola mancha en nuestra dignidad, eso habría sido el principio de una era nueva para América.

☪ Colosal era nuestra deuda con los tenedores de bonos ingleses; colosal en el sentido de lo desproporcionada que á nuestros recursos era la sola obligación de pagar los intereses de esa deuda; no podíamos. Ellos sí podían estrangularnos, ACAPARANDO nuestros recursos aduanales; es decir, imposibilitándonos para pacificar el país. Porque esa medida dejaba sin pan á nuestros ejércitos, que habrían debido barrer con el bandidaje y el guerrillerismo reaccionario que se daban la mano en todas las encrucijadas del país rural, pero que sólo intentaban campañas de corto aliento; y era natural, nuestro soldado sin prest vive sobre la comarca y la saquea como la langosta la asuela, y cuando este MODUS VIVENDI se le dificulta, se bate una vez, pero no dos; se deja derrotar, huye, inventa el pánico. No huye del enemigo, huye del hambre, huye de la guerra; las grandes desbandadas de nuestros ejércitos en las batallas, ó civiles ó extranjerías, no son fugas, son deserciones en masa.

☪ Lo que habría podido hacer Inglaterra era abrirnos un crédito amplio y eficaz; convertir nuestra deuda con ella, liquidarla, pagarse los réditos vencidos, y con los productos de un empréstito, seguro bajo sus auspicios, permitirnos pacificar el país (lo que habría sido asunto de seis meses) y acabar instantáneamente con todas las veleidades de intervenciones borbónicas ó napoleónicas, que habrían metido la cabeza bajo el ala para siempre.

☪ Y se dirá: la preponderancia anglo-sajona, que era lo que había que temer, habría sido el resultado de estos buenos oficios esencialmente venales. ¿Y bien? En Méjico la preponderancia anglo-sajona no es temible; la temible es la norte-ame-

ricana. La inglesa no; y expliquémonos. Todas estas PREPONDERANCIAS deben entenderse en el sentido único que pueden tener: influencias que se empeñan en excluir otras influencias extrañas; y como los países nuevos, poco poblados y poco educados como el nuestro, fácilmente sienten las sugerencias de los fuertes, de los más ricos y mejor armados intelectual y físicamente, podría suceder que nos hubiésemos anglicanizado. Habría podido acontecer sin grave mal; en primer lugar, porque un grupo de hábitos anglo-sajones incorporados en nuestro modo de ser nos tonificaría y nos fortalecería. Habría sido sencillamente una pedagogía, una educación, adquirir el hábito psicológico profundo de contar cada cual consigo mismo, de no acudir á la sociedad, es decir, al Estado, sino cuando todas las energías individuales estuviesen agotadas; hábito que se fomenta á fuerza de educación física por los deportes higiénicos y de educación moral, por la necesidad y la responsabilidad erigidos en condiciones vitales de toda existencia humana. ¿Esto nos habría hecho perder nuestra personalidad, que tiene UN ANVERSO ESPECIAL, que es nuestra marca nacional, nuestro sello, y UN REVERSO GENERAL, que es el carácter latino, el espíritu latino por donde estamos en comunión perenne con la humanidad y con la historia? No, por cierto; nuestro abolengo, nuestro clima, nuestros instintos se avinieron (y se avienen más cada día, á medida que la fusión avanza) con los de nuestros padres de alma, no de sangre latina, con los de los españoles. Supimos rápidamente hablar y por consiguiente pensar como ellos; y creer y por consiguiente sentir como ellos. Y aunque ni pensemos hoy, ni creamos hoy lo que ellos enseñaron, lo que creemos y pensamos, lo pensamos y creemos por los medios, por los procedimientos de que ellos se sirvieron y de que se sirve inconscientemente nuestro espíritu. Permanecemos, pues, latinos, cualesquiera que nuestras nuevas adquisiciones psíquicas sean, por el pliegue mental y sentimental que heredamos y que perdurará: seguiremos sintiendo el arte como la espiritualización de lo sensual; seguiremos sintiendo la ciencia como un aldabazo sin término en la puerta del misterio; seguiremos sintiendo la filosofía como una arquitectura de líneas mentales, más cierta mientras más estética, y la moral como una tragedia de Sófocles, y la religión como una poesía de Víctor Hugo, y la política como un mecanismo complicado para fabricar la igualdad, manejado por un César.

☪ Hablamos, ya se entiende, de los grupos representativos de una determinada forma de cultura, de los grupos selectos, porque, á medida que se desciende á los niveles sociales inferiores, las diferencias psicológicas van desapareciendo en la familia humana, y cuando se llega á la roca étnica primitiva, toda la especie tiene el mismo carácter; lo mismo la que vive en Tumbuctú que la que vivió en las orillas del Hudson ó del Sprea ó del Sena.

☪ Los Estados Unidos sí comprendieron bien esta necesidad y esta conveniencia; ya metidos en la lucha civil que tomaba colosales proporciones, nos ofrecieron dinero, ya lo vimos, para rescatarnos del apremio interminable de nuestros acreedores y para darnos un respiro en que, pudiendo disponer de nuestros recursos, lográramos pacificar el país y ponerlo en explotación; gravísima debe de haber sido la preocupación del Presidente Juárez ante esta tentación, y cuando mister

Corwin le mostró los papeles del Secretario Seward, probablemente pasó uno de los momentos más dolorosos de su vida; en la punta de su pluma estaba la manera de desvanecer la intervención europea acordada ya y de cimentar para siempre la Reforma. El plazo fatal de los cinco años, para que las garantías de que los Estados Unidos pedían la posesión pasasen á ser su propiedad, era suficiente para organizar un principio de renacimiento y negociar un empréstito que nos habría redimido de la deuda; la vacilación de Juárez no dejó traza; su resolución fué instantánea y fué lacónica: No. Y cuenta que lo que prefería á esa oferta, era romperse el cráneo contra un muro, era la imposibilidad de pagar, era la seguridad de morir; porque no había remedio financiero, porque no había fuente alguna de donde sacar recursos, porque no había un Moisés capaz de sacar agua de una roca. Esta resolución indica bien que Juárez era incapaz de negociar con el territorio nacional, aun cuando le fuese á la nación misma la vida de por medio. Y esto indica, conviene remarcarlo aquí, que dado el temple del patriotismo de Juárez, el tratado Mac Lane no podía tener, no puede tener más explicación que la que le hemos dado: una promesa de compartir en cierto modo con los Estados Unidos una fracción del dominio nacional, con la condición de una alianza inmediata, de un préstamo pronto; una promesa que sólo la representación nacional habría podido convertir en compromiso; que no era más que un compromiso de Juárez; que nunca fué, ni podía ser un compromiso para la Nación. En virtud de este modo de ver, pudo salvarse la Reforma sin ceder un solo jirón de la Patria; por no cederla, aunque fuese un día, cuando la cesión tenía que ser inmediatamente efectiva, no se trató, sobre la base propuesta, con Mr. Corwin, y seguimos hundiéndonos en el inevitable naufragio. En suma, repitámoslo, Juárez pudo comprometer en un pacto al Presidente de la República, pero á la Nación, nunca! El episodio de las Horcas Caudinas se ha repetido frecuentemente en nuestra congojosa historia.

\*\*\*

Lo que á propios y extraños dejaba atónitos era la bancarrota irreparable de nuestro erario al día siguiente de la nacionalización de los bienes del clero. La historia exacta y fría de tamaño fracaso está por hacer. Una verdad surge de lo que sobre el caso sabemos todos: la inmaculada probidad de que dieron pruebas los altos funcionarios del Gobierno encargados de toda esa operación: Prieto, Iglesias, Mejía y otros muchos por cuyas manos, casi irresponsables en aquella tumultuosa confusión de expedientes, pasaron escrituras y certificados, y pagarés, y dinero, y alhajas, y piedras preciosas, que se amontonaban en las mesas del Ministerio de Hacienda, salieron ó tan pobres ó tan modestísimamente acomodados como entraron en aquel océano de riqueza muerta que sólo el tiempo ha logrado revivir.

El ministro de Hacienda explicó el fenómeno. Reducida á guarismos la riqueza eclesiástica, cuya importancia se había exagerado tanto, resultaba mucho más corta de lo que se había supuesto; una disminución de un cincuenta ó setenta

por ciento. Esta disminución era naturalmente relativa, no sólo al valor normal que se había calculado á esta riqueza, sino al que le daban las circunstancias azarosas en que la desamortización se verificaba; si todo pareció precario antes del triunfo de la Reforma, después del triunfo apenas se verificó un alza en los valores nacionalizados, alza momentánea, porque los amagos de intervención y la continuación de la guerra civil tenían que traer consigo la depresión de los papeles nacidos de las operaciones sobre desamortización.

Si, la riqueza del clero calculada á OJO DE BUEN CUBERO resultaba menor, por el capítulo antes indicado y por un capítulo segundo: parte de ella había sido desamortizada de conformidad con la ley-Lerdo primitiva, la promulgada en tiempo de Comonfort, y á pesar de que la aparente victoria de la reacción en 58 y la derogación solemne que el Gobierno tacubayense hizo de la ley deshicieron en parte la obra, lo que quedó sin deshacer significaba una no despreciable merma en el stock de los bienes eclesiásticos. Y á esto puede agregarse un capítulo tercero: los Estados, los caudillos, habíanse creído con el derecho de vender los asendereados bienes y los habían vendido; los muebles, los tesoros de las iglesias habían sido literalmente tirados á la calle; los reactores hicieron esto al par de LOS PUROS: todos despojaron, derrocharon, robaron no pocas veces, y se hablaba de tal ó cual jefe CHINACO que llevaba en la TOQUILLA de su sombrero JARANO los diamantes de la Virgen, patrona de esta ó aquella ciudad ó santuario célebre. Demás de esto, el Gobierno general había hecho en Veracruz considerables operaciones á precios bajísimos; el procurarse así dinero era lo secundario, según la opinión radical de Ocampo, que, como solía, estaba en lo cierto y en lo justo, por mucho que pareciesen quimeras las suyas. Lo principal consistía en multiplicar el esfuerzo de los intereses particulares en favor de la Reforma: crearlos y multiplicarlos; así el triunfo sería duradero: aunque la Hacienda quedase defraudada, la sociedad quedaba emancipada: al lado de lo segundo, lo primero era baladí.

Resultado: el poco numerario que por operaciones de nacionalización ingresó á las arcas públicas, apenas bastó para atender á las primeras necesidades de aquella situación militar que fué necesario liquidar violentamente, que en realidad se liquidó á medias. El ejército había crecido como un río al desembocar en el erario del partido triunfante; todo lo arrastró á su paso. Como era lógico, el agio asomó la cabeza por todas partes; por todas partes se impuso. Para proporcionarse un peso, el fisco necesitaba convertir en obligaciones de pago inmediato las obligaciones á plazo, sacrificando las dos terceras ó las tres cuartas partes del monto de su crédito: un peso costaba cuatro al Erario. Y como MAÑANA no existía como esperanza de mejora, sino como certeza de empeoramiento, la bancarrota fué inevitable.

Las exigencias de ingleses, y franceses luego, tenían de siniestro que partían de Gobiernos que estaban al tanto de esta situación: los informes de ministros y cónsules, hasta exageradamente quizás, trazán los cuadros más sombríos de aquella época. Ni un momento solo pudieron poner en duda la imposibilidad de cubrir nuestros compromisos, sino sacrificando toda esperanza de orden y de paz.